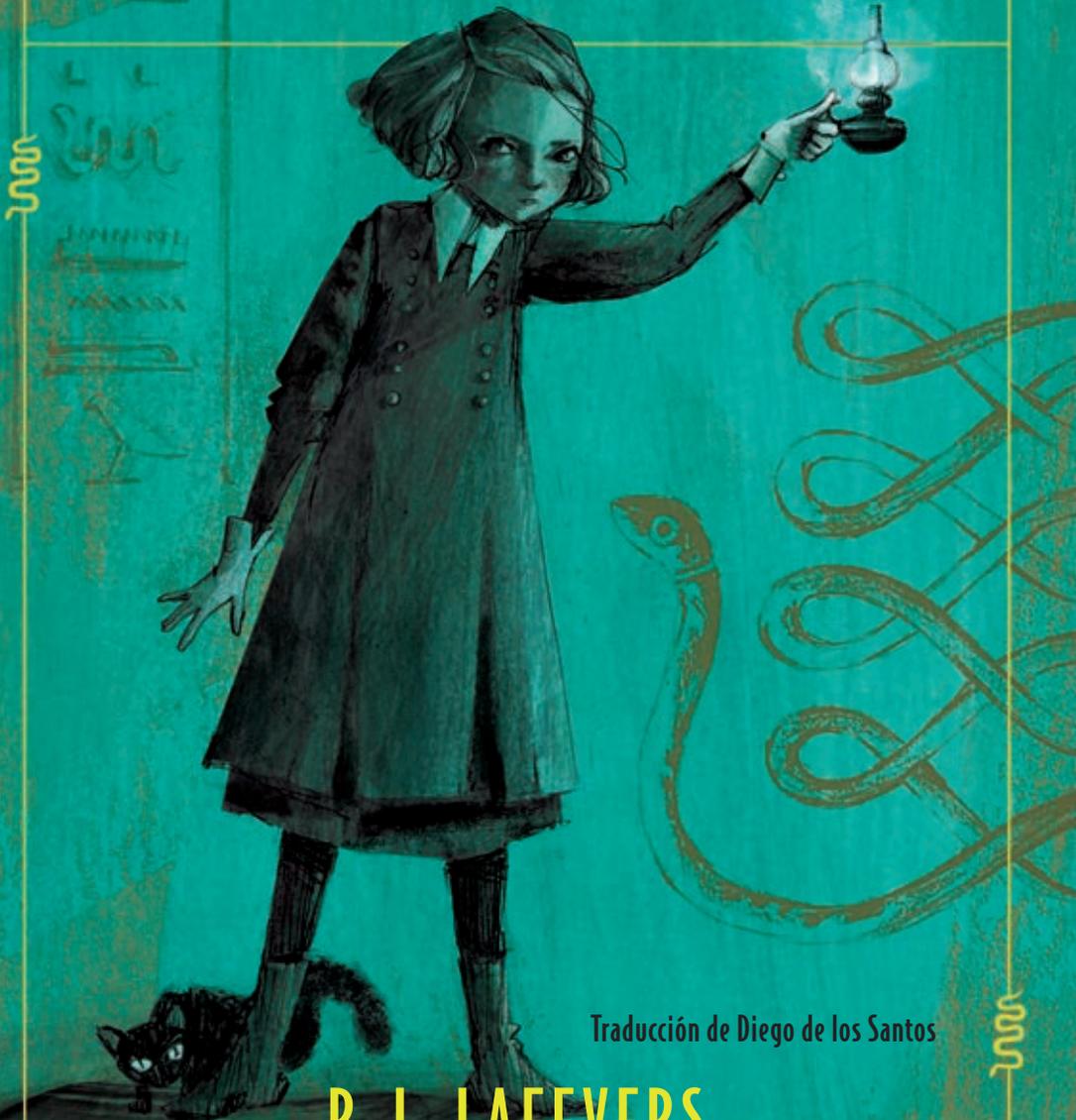


bam
bú

THEODOSIA

Y LAS SERPIENTES DEL CAOS



Traducción de Diego de los Santos

R. L. LAFEVERS

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

Título original: *Theodosia and the Serpents of Chaos*

© 2007, R. L. LaFevers, por el texto
© 2022, Diego de los Santos, por la traducción
© 2022, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Mercè López
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2022
ISBN: 978-84-8343-808-4
Depósito legal: B-328-2022
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

MI MADRE MANDA UNA SORPRESA

17 de diciembre de 1906

No me fío de Clive Fagenbush.

¿Cómo puedes confiar en una persona que tiene las cejas tan pobladas y negras como un cepillo de pelo y que huele a col hervida y a cebollas en vinagre? Además, empiezo a sospechar que trama algo. Y lo que es peor: creo que él sospecha que soy yo quien trama algo. Siempre suelo estar tramando algo.

Por supuesto, nadie creería a una niña de once años antes que al segundo ayudante del conservador, ni aunque esa niña sea la hija del conservador jefe del museo y sea mucho más inteligente que la mayoría (o eso me han dicho; curiosamente, no creo que su intención fuese hacerme un cumplido). De todos modos, a los adultos les da igual lo listos que sean los niños. Siempre se apoyan entre sí. A menos que estés enfermo, o moribundo, o herido de muerte, siempre se pondrán de parte del otro adulto.

Y hablo por experiencia. Mi padre se encarga de supervisar el Museo de Leyendas y Antigüedades, el segundo más grande

de Londres. Por eso me paso la mayor parte del tiempo metida en este viejo edificio. Pero no me importa. En serio. Bueno, no mucho. Aunque estaría bien que mi padre se acordase de vez en cuando de que existo... El caso es que no me faltan cosas que hacer. El museo tiene un montón de secretos, y me he dado cuenta de que se me da muy bien descubrir secretos. Y maldiciones. Os sorprendería saber cuántos objetos llegan al museo cargados de ellas..., pero de las malas de verdad. Antiguas, siniestras y envueltas en magia egipcia.

Por ejemplo, esa mañana, cuando llegó una caja de parte de mamá.

Al oír el timbre, bajé corriendo a recepción. Dolge y Sweeny, los dos operarios del museo, estaban abriendo las puertas de la zona de carga. Una niebla amarillenta empezó a colarse en la sala como si fuera un flan poco hecho. En la calle vi al carretero soplándose los dedos y dando patadas en el suelo para intentar entrar en calor mientras esperaba junto a su carro. Los faros del vehículo estaban encendidos y parecían dos halos difusos en la espesa niebla. Sweeny bajó de un salto del muelle de carga y juntos levantaron una caja de la parte trasera del carro y la llevaron al interior. Cuando pasaron junto a mí, estiré el cuello para leer la etiqueta. ¡Venía de Tebas! Solo podía ser de mamá. ¡Su primer envío desde el Valle de los Reyes! El primero de muchos, seguramente.

Una vez colocada la caja en un banco de trabajo vacío, el carretero se levantó ligeramente la gorra a modo de despedida y se apresuró a volver a su carro, con ganas de marcharse. Dolge cerró la puerta tras de sí con un sonoro ruido metálico.

Para entonces ya habían llegado los conservadores, y todos nos reunimos alrededor de mi padre para ver cómo abría la caja.

Al acercarme descubrí que, una vez más, no llevaba guantes. Mis propios dedos enguantados temblaron de preocupación.

–Eh..., ¿padre?

Él se quedó inmóvil con las manos sobre la caja.

–¿Sí, Theodosia?

–¿No te da miedo clavarte alguna astilla?

Todos se volvieron y me miraron con extrañeza.

–Tonterías –dijo.

Por supuesto, las astillas me importaban un bledo. Eran la menor de mis preocupaciones, pero no me atreví a confesarle la verdadera razón de mi inquietud.

Cuando todos volvieron a concentrarse en la caja, me acerqué a mi padre para estar a su lado antes de que tocase lo que fuera que mamá nos había enviado. Pasé por delante de Dolge y Sweeny sin problemas, pero tuve que contener la respiración al franquear a Fagenbush. Me fulminó con la mirada y yo hice lo mismo con él.

Cuando llegué junto a mi padre, metí la mano en el bolsillo de mi delantal justo cuando él introducía las manos en la caja. De la forma más discreta posible, saqué un pequeño amuleto de protección de mi bolsillo y lo metí en el suyo. Por desgracia, mi acción no pasó inadvertida. Dejó lo que hacía y me miró frunciendo el ceño.

–¿Se puede saber qué haces?

–Solo quería ver bien, padre. Soy la más bajita de todos los aquí presentes, ¿sabes? –Para desviar su atención, me incliné hacia delante y miré dentro de la caja–. ¿Qué crees que nos habrá mandado esta vez?

–Eso intento averiguar –contestó con un punto de exasperación en la voz.

Por suerte, enseguida se olvidó de mí y, con gran ceremonia, metió la mano en el cajón y sacó una preciosa estatua de un gato negro. Era Bastet, la diosa egipcia de la fertilidad.

En cuanto la vi, fue como si un montón de escarabajos con las patas heladas me bajasen por la espalda. Mi gata, *Isis*, que había estado merodeando por debajo del banco de trabajo, miró la estatua, maulló con fuerza y salió disparada hacia quién sabe dónde. Me estremecí. Una vez más, mi madre nos había enviado un objeto impregnado de antiguas maldiciones.

–¿Te pasa algo, Theo? –preguntó Nigel Bollingsworth, el primer conservador adjunto–. No te habrás resfriado, ¿verdad?

Me miró con preocupación. A su lado, Fagenbush me miraba como si yo fuera un bicho muerto que *Isis* hubiera traído en la boca.

–No, señor Bollingsworth. Estoy bien.

O lo habría estado de no haber sido por la magia negra que emanaba aquel objeto.

Por supuesto, mi madre no sabía que estaba maldito. Ni mi padre. Ninguno de los dos parecía darse cuenta de esas cosas.

Tampoco los ayudantes del conservador parecieron darse cuenta de nada. Salvo esa rata de Fagenbush, que miraba la estatua con la cara resplandeciente y movía los dedos, largos y huesudos, con nerviosismo. El problema era que tenía ese mismo aspecto la mitad del tiempo, así que no era fácil saber si era el objeto el que provocaba esa reacción en él o si simplemente se mostraba tal como era, así de horrible.

Aparentemente, yo era la única capaz de detectar la magia negra que seguía presente en los objetos antiguos. Por lo tanto, me correspondía a mí descubrir la naturaleza de la maldición de aquella estatua y cómo eliminarla.

Urgentemente.

Cuando mi madre llegase al día siguiente, seguro que traería un montón de tesoros nuevos. Puede que hasta fuésemos recibiendo más cajas en las semanas posteriores. ¿Quién sabe cuántos de esos objetos estarían malditos? ¡Podrían tenerme ocupada durante meses! Lo único bueno es que eso me mantendría alejada de mis padres. Suelen enfadarse cuando piensan que estorbo y empiezan a plantearse mandarme a la escuela. De esta forma, por lo menos podría pasar más tiempo con mamá.

Sin embargo, aunque las corazonadas y el instinto están bien para una prueba de primer nivel, debía actuar de manera lógica y científica. Tenía que realizar una prueba de segundo nivel lo antes posible.

La oportunidad se me presentó cuando todo el mundo se hubo marchado de la zona de carga para retomar sus tareas. Como yo no tenía ninguna tarea que retomar, pude rezagarme y pasar inadvertida.

Me acerqué a una de las estanterías que cubrían las paredes de la zona de carga y cogí un vaso canope pequeño y estropeado. Había llegado muy dañado y, como no era especialmente valioso, nadie se había tomado la molestia de restaurarlo. Yo había empezado a utilizarlo para guardar dentro cera (restos de velas, la cre y cosas así), que utilizaba mucho en las pruebas de segundo nivel. No hay nada como la cera para absorber la *heka*, o magia maléfica.

Saqué algunos de los trozos de cera del vaso y los puse con cuidado en un círculo alrededor de la base de la estatua.

A la hora de la cena, todos los trozos de cera habían tomado un asqueroso color negro verdoso. ¡Maldición! Creo que nunca se había oscurecido tan rápido. Tendría que volver para hacer

una prueba de tercer nivel. Por desgracia, ese tipo de intervenciones solo pueden llevarse a cabo a la luz de la luna. Esa es la única manera de hacer que las maldiciones grabadas en un objeto se hagan visibles al ojo humano.

Por supuesto, la única manera de ver algo a la luz de la luna es de noche.

Y yo detesto el museo de noche.

LA PRUEBA A LA LUZ DE LA LUNA

Quiso la suerte que aquella fuera otra de las noches en las que mi padre estaba tan absorto en su investigación que se le había olvidado volver a casa. Era la cuarta consecutiva y, para variar, se ajustaba como un guante a mis planes.

Justo antes de las doce me atreví a abandonar la sala del personal para dirigirme al museo. Las lámparas de gas estaban al mínimo, de modo que en el oscuro pasillo solo brillaba una lucecita azul a intervalos regulares. La tenue claridad de mi lámpara de aceite apenas hacía mella en la cavernosa penumbra, pero no dejé que eso me disuadiera. Levanté la mano y agarré los tres amuletos protectores que llevaba colgados al cuello. Mi padre dice que me dejó llevar por mi imaginación, pero lo cierto es que, a esas horas de la noche, si uno mira muy atentamente a su alrededor (cosa que intento no hacer), puede ver a los muertos más peligrosos –los *akhu* y los *mut*– saliendo de sus urnas y sarcófagos en forma de niebla espesa y asfixiante. La magia antigua y las palabras con un poder terrible rezuman de los tex-

tos arcanos y de los objetos grabados. Flotan por los rincones y acechan en las sombras. ¿Cómo iba a pasearme por allí sin un mínimo de protección?

Como no quería hacer ningún ruido que pudiera llamar la atención de los espíritus, iba en calcetines, y eso hizo que los pies enseguida se me entumecieran de frío.

Naturalmente, mi padre se había llevado la dichosa estatua de la zona de carga a su taller, en la segunda planta. Subí sigilosamente por la escalera de madera pulida, pegada a la pared, con cuidado de evitar los escalones que crujían.

Por más que intentase ser sigilosa, las sombras que se alzaban a mi alrededor parecían hacerse cada vez más grandes e intimidantes. No me sentía nada cómoda entre los últimos restos terrenales, huesos, ataúdes y reliquias sagradas de religiones ya olvidadas. A la luz de mi lámpara de aceite, las sombras cabeceaban y serpenteaban como demonios maliciosos.

Por fin llegué a la segunda planta y entré en la sala de las estatuas. Unas enormes esculturas egipcias estaban pegadas a las paredes como guardianes a los que no se les escapaba nada. Había majestuosos rostros de faraones junto a misteriosas cabezas de esfinge; la más pequeña de todas tenía seis metros de altura y proyectaba unos grandes charcos de sombra en el suelo.

Me apresuré a pasar por delante de las imponentes esculturas hasta que llegué a la puerta que llevaba a la exposición del Antiguo Egipto. Me paré a coger fuerzas. Aunque frecuentaba a menudo la sala, nunca sabía a ciencia cierta qué podría estar esperándome allí dentro. La magia es un asunto complicado, y los egipcios eran unos maestros en la materia. Algunos hechizos parecían regenerarse después de una noche de luna llena o en de-

terminados días profanos. Otros solo eran visibles durante ciertas estaciones o cuando las estrellas y los planetas se alineaban de un modo en concreto. En definitiva, la antigua magia egipcia es un revoltijo horrible de posibilidades siniestras, y siempre hay que estar preparada para lo peor.

Respiré hondo para coger fuerzas y me apresuré a cruzar la sala, corriendo entre las vitrinas, sin mirar a los lados. Con un último escalofrío, alcancé la puerta del taller, la abrí de golpe y me colé dentro.

El taller también estaba a oscuras, pero por las ventanas entraba la luz de la luna, pálida y plateada. Iluminada por esa pálida claridad estaba la estatua de Bastet, recubierta de una maraña intrincada y maligna de palabras y símbolos sagrados que se retorcían como un nido de víboras inquietas.

Algunas veces preferiría no tener razón.



Al acercarme a la estatua, vi el símbolo de Anubis, dios del inframundo, y también uno de Set, el dios del caos. ¡Será posible! Otro símbolo pasó flotando, uno que no había visto muchas veces, pero que creo que representa a los espíritus demoníacos de los muertos sin descanso. Se esfumó cualquier esperanza que pudiera haber tenido de enfrentarme a una maldición modesta. Estaba ante un objeto impregnado de la peor magia negra egipcia.

Necesitaba verlo más de cerca, y eso me obligaba a coger aquella cosa horrible con las manos.

Eché un vistazo al taller. Llevar guantes no era protección suficiente ante aquella proliferación de jeroglíficos. Los símbo-

los intentaban abrirse paso a través de los guantes y a mí no me apetecía nada que esas palabras y representaciones de poder maligno me tocasen la piel.

Encontré un trapo viejo en la mesa de trabajo de mi padre y me envolví la mano con él como si fuera un guante más. Luego cogí la estatua y la llevé hasta la ventana para examinarla mejor.

Los símbolos se calmaron un poco cuando tuve la escultura en la mano. Noté que trataban de entrar en el trapo, que intentaban traspasar la barrera de tela y abrirse paso hasta mi piel. Tenía que darme prisa.

Vi que pasaba flotando el símbolo de Apep, la serpiente del caos, seguido del de Montu, el dios de la guerra. Qué raro. Nunca lo había visto en un objeto maldito. Había más jeroglíficos: de ejércitos, de destrucción y...

Oí un crujido en las tablas del suelo justo al lado de la puerta del taller que me hizo sobresaltarme. Corrí a devolver la estatua a su estante y busqué desesperadamente un lugar donde esconderme. Había muchos rincones sombríos, pero quería un escondite más seguro.

Vi un viejo baúl en un rincón, me metí dentro y me cubrí lo mejor que pude con material de embalaje. Me agaché, evité mirar a la puerta y esperé.

Os preguntaréis por qué no levanté la vista para identificar al intruso. Os aseguro que me habría gustado hacerlo, pero llevo tanto tiempo conviviendo con los espíritus antiguos y las almas sin descanso que sé que cuando miras las cosas concentras en ellas todo tu *ka*, o fuerza vital, y eso hace que su poder crezca aún más. Si aquel visitante nocturno era un ser sobrenatural, ofrecerle mi fuerza vital era tan recomendable como acercarle una lámpara de aceite a la cara.

¡Mi lámpara de aceite! Miré a través de una rendija que había en un lado de la caja y la vi junto a la estantería. Por suerte, la llama se había apagado.

Al abrirse, la puerta chirrió al girar sobre sus goznes. Los pasos se detuvieron en el umbral, como si aquella persona o criatura estuviera examinando la estancia. Luego, las tablas del suelo volvieron a crujir cuando alguien –o algo– entró en el taller. Volví a arriesgarme a echar un vistazo a través de la rendija y alcancé a ver una silueta negra encapuchada que se movía por la sala.

Aparté la mirada e intenté calmar los latidos de mi corazón. ¡Si yo los oía, fuertes como un trueno, seguro que el intruso también podría oírlos!

Los pasos se detuvieron delante de las estanterías, a tan solo unos centímetros de donde yo estaba escondida. Me arriesgué a echar otro vistazo y vi que la gran silueta negra examinaba el estante del medio, donde yo había vuelto a poner la estatua de Bastet. Cuando volví a mirar al suelo, vi que por debajo de la larga capa de aquella figura asomaban dos zapatos negros.

Mi corazón se calmó un poco. Los seres sobrenaturales no llevan zapatos. Fuera lo que fuese –o, más bien, quien fuese–, debía de ser humano. Lo prefería con diferencia a la alternativa.

Aunque es probable que cualquiera que merodee por un museo en plena noche no esté tramando nada bueno. ¡Menos yo, claro! Mi presencia estaba justificada por los motivos más nobles.

Un poco más confiada, me arriesgué a echar otro vistazo y vi un brazo largo y negro que salía de debajo de la capa. El movimiento hizo que me llegase una leve corriente de aire y percibí un olor a col hervida y cebollas en vinagre.

¡Clive Fagenbush!

Antes de que pudiera resolver aquel rompecabezas, oí que volvían a crujiir las tablas del suelo al otro lado de la puerta del taller. Con la respiración entrecortada, el ayudante de conservador retiró la mano vacía, rodeó la estantería y se pegó a la pared para pasar inadvertido.

Ahora estaba justo enfrente de mí. Me encogí todo lo que pude en el cajón y deseé ser invisible.

El nuevo intruso giró el pomo de la puerta con fuerza, sin intentar siquiera hacer poco ruido, y entró en el taller con un paso rápido y seguro, acompañado de un silbido poco melodioso.

Me desplomé aliviada. Era mi padre, en una de sus salidas nocturnas. Abrió la espita del gas y una suave luz amarilla inundó el taller.

Me pregunté si descubriría a Fagenbush, pero cuando miré hacia su escondite, vi que había desaparecido.

Estiré el cuello para averiguar dónde habría podido meterse, pero no lo vi por ninguna parte. Entonces vislumbré un movimiento cerca de la puerta y advertí que se escabullía del taller. ¡Porras! Había logrado escapar, pero al menos no le había dado un golpe en la cabeza a mi padre ni había descubierto mi escondite.

Mientras seguía agachada en el baúl, comprendí que tenía que tramar un plan para hacerme con la estatua antes de que alguien se me adelantase. Me planteé la posibilidad de llevármela a mi habitación, pero no podía soportar la idea de que esas repugnantes maldiciones estuvieran cerca de mí mientras dormía. Al final, decidí esconderla esa noche y devolverla a su sitio a primera hora de la mañana, mientras mi padre desayunaba.

Papá tardó una eternidad en encontrar lo que buscaba, pero al final se fue, apagó las luces y cerró la puerta tras de sí. Esperé

unos minutos más por precaución. En cuanto mis ojos volvieron a acostumbrarse a la oscuridad, salí de la caja y me acerqué a la estantería. Con ayuda del trapo, levanté la estatuilla y la puse en el baúl donde yo había estado escondida. La tapé con material de embalaje, cogí la lámpara de aceite, apagada e inservible, y eché a andar hacia la puerta. Me asomé a la sala de exposiciones.

Noté una agitación inusual en el museo. Los crujidos y gemidos se habían vuelto más fuertes y frecuentes. Apretando en la mano los tres amuletos, eché a correr por las salas de exposición. A mi paso, notaba el murmullo contrariado de entes muertos, y las sombras se alargaban como si quisieran atrapar me. Apreté el paso aún más.

¿Entendéis ahora por qué odio el museo por la noche?

MANOS A LA OBRA

— ¡Theodosia Elizabeth Throckmorton!

—Eh... ¿Qué?

Somnolienta, me senté y me restregué los ojos. Mi padre estaba plantado en el umbral con el ceño fruncido.

—¡Otra vez en el sarcófago! —exclamó.

Uy. Normalmente intento levantarme antes que él por esta razón. Pero cuando se pasa toda la noche en pos de la erudición y no se va a la cama, es casi imposible.

—Padre, te aseguro que no lo voy a estropear. Además, es la mejor manera de protegerse de las corrientes de aire.

(También era el lugar más seguro para evitar todas las maldiciones que se arremolinaban en el museo por la noche, pero ya me imaginaba su reacción si le confesaba eso.)

—Ya, pero es un objeto de un valor incalculable...

—Que está muerto de risa en un trastero porque no hay sitio para él en las salas de exposición. Padre, tengo mucho cuidado. Además, ¿dónde quieres que duerma si me veo obligada a pasar la noche aquí?

Tuvo el detalle de hacer una mueca al oír mis palabras.

–En un sillón, tal vez, o acurrucada sobre la alfombra delante de la chimenea en la sala de estar. ¡En cualquier sitio menos en un puñetero sarcófago!

El problema era que esos lugares no me proporcionaban ninguna protección. Por la noche no confiaba únicamente en el poder de los amuletos contra la magia negra y los espíritus molestos. Obviamente, eso tampoco podía decírselo.

–Pero, padre, estoy segura de que a Men’naat no le habría importado.

–¿Quién demonios...?

–La joven sacerdotisa a la que pertenecía este sarcófago –le expliqué–. Procede del templo de Tueris, una diosa egipcia protectora de los niños. ¡Piensa lo fácil que es resguardarme aquí!

Suspiró exasperado y cerró la puerta. Podría haberle insistido un poco más, pero no quería arriesgarme a recordarle que donde debería haber estado durmiendo era en la escuela, donde se encontraban todas las chicas de mi edad. Hice todo lo posible por evitar ese tema.

Salí del sarcófago de piedra, que ocupaba la mitad de mi habitación. Bueno, en realidad era más bien un trastero, pero como nadie lo usaba, disponía de él solo para mí. Había el espacio justo para un pequeño escritorio y un viejo lavabo aún más pequeño que me había encontrado Flimp, el vigilante. También había clavado unos cuantos clavos en la pared para que pudiera colgar mis vestidos y mis delantales.

Mientras me echaba agua fría en la cara, me di cuenta de que, al quedarme dormida, había dejado pasar la oportunidad de colarme en el taller de mi padre sin que nadie se diera cuenta. Necesitaba echarle el guante a esa estatuilla. Urgentemente. Miré el

reloj: mi madre volvía dentro de cinco horas y cincuenta y siete minutos y seguro que traería un montón de objetos. Era muy probable que dentro de poco tuviéramos un montón de fuerzas mágicas desconocidas pululando por el museo. Me puse los guantes y salí de mi cuarto para afrontar el nuevo día.

La siguiente oportunidad se me presentó cuando mi padre salió de su taller en busca de una taza de té. Normalmente se la llevaba yo a esa hora todas las mañanas, pero ese día no lo había hecho a propósito, con la esperanza de que acabara rindiéndose y fuera él a buscarla. Mi truco funcionó.

Me asomé a su taller. Aparte de unos cuantos objetos procedentes de todas las civilizaciones conocidas por la humanidad, que estaban esparcidos sobre las mesas de trabajo en diversos estados de deterioro, la sala parecía vacía. Casi había llegado a donde estaba el baúl cuando a mi espalda sonó una voz repugnante que me hizo pararme en seco.

—¿Dónde está?

Me di la vuelta. Clive Fagenbush estaba de pie junto a la puerta, casi como si hubiera estado esperándome.

—¿Dónde está el qué? —pregunté.

—La estatua.

Su mirada se posó sobre el rollo de papiro que llevaba en la mano. Dio un paso al frente rápidamente y me lo arrebató.

Justo cuando abría la boca para protestar, oí una voz conocida:

—Fagenbush. ¿A qué viene todo esto? Devuélvale el papiro a Theo.

Nigel Bollingsworth entró en el taller con el ceño fruncido.

¿He dicho ya hasta qué punto adoro a Nigel Bollingsworth? Es más, creo que me casaré con él cuando sea mayor, aunque

todavía no se lo he dicho. (Mi padre me advirtió que no debía decírselo. En realidad, cuando se lo conté, lo que dijo fue: «¿Qué te hace pensar que alguien va a querer casarse contigo, señorita Metomentodo?».)

–Pensaba que tenía algo que no le pertenecía –murmuró Fagenbush.

–Bueno, pues ya ve que no es así. Vaya a preparar las exposiciones de la planta baja para la visita del Colegio Hedgewick para Niños Díscolos prevista para esta mañana. Quiero que esté todo bien sujeto. Recuerde la última vez que vinieron.

Fagenbush hizo una mueca de desprecio y me devolvió el rollo de papiro, luego giró sobre sus talones y se fue.

–¿Te encuentras bien, Theo? –preguntó Nigel.

–Sí, señor Bollingsworth. –Lo miré a los ojos con gratitud–. Muchísimas gracias.

Me froté la muñeca para que supiera lo mal que se había portado Fagenbush. La verdad es que sí que me dolía un poco.

Me sonrió de oreja a oreja.

–Muy bien. Te dejo, entonces. –Dicho esto, él también salió del taller.

Sin perder ni un segundo, saqué la estatuilla del cajón, la escondí dentro del rollo de papiro y me dirigí a la sala de lectura de la planta baja. Me mantuve alerta por si veía a Fagenbush por el camino, pero aquella cucaracha parecía haberse escondido de nuevo bajo su piedra.

DE MAL..., PERDÓN, DE MIAU EN PEOR

Está muy bien saber que algo está maldito, pero luego aún tienes que averiguar qué hacer con esa maldición. Mi padre me ha enseñado que, cuando todas las pistas no conducen a una conclusión sólida, hay que investigar. Un montón. Por supuesto, él no sabía qué era lo que yo me dedicaba a estudiar, pero la cuestión es que la investigación era mi única defensa.

Cuando era muy pequeña y empecé a visitar el museo, me aterraba, aunque era demasiado joven para entender por qué. Ahora, por supuesto, ya sé que era por las maldiciones y las almas sin descanso que percibía paseándose por aquí. Pero lo único que sabía entonces era que, si mis padres se enteraban de que tenía miedo, no me dejarían venir más ¡y no podría verlos nunca! Así que juré que no le confesaría a nadie mis miedos.

Durante años, mis padres pensaron que siempre estaba resfriada, de tanto como temblaba cada vez que me acercaba al museo. Sigo sin saber por qué las maldiciones y los espíritus no me hacían daño, mientras que casi todos los conservadores sub-

alternos y empleados del museo sufrían desafortunados accidentes o caían gravemente enfermos. Uno o dos llegaron a perder la cabeza por completo. Afortunadamente, mis padres no corrieron la suerte de esos otros empleados. En el caso de mi madre creo que se debía a que, de no ser por ella, los objetos –y, por tanto, las maldiciones y los espíritus– seguirían enterrados y nunca habrían tenido la oportunidad de provocar estragos entre los humanos. Era casi como si al dejarla en paz estuvieran dándole las gracias por haberlos liberado, aunque, por supuesto, ella no tuviera ni idea de lo que había hecho.

Mi padre no fue tan afortunado. De hecho, así fue como se hizo daño en la pierna. Se cayó por la escalera y bajó tres tramos rodando. Más tarde dijo que había notado como si alguien lo hubiera empujado. Estoy segura de que alguien –o algo– lo empujó, aunque creo que a él también lo trataban con cuidado, ya que era quien se pasaba el tiempo restaurando aquellos objetos para devolverles su esplendor original.

Por supuesto, no entendí nada de esto hasta que tuve edad suficiente para leer. Entonces empecé a investigar todo lo que teníamos en el museo con la esperanza de que el conocimiento sustituyera al miedo.

No lo entendí del todo hasta que descubrí unos tomos viejos y casi olvidados sobre la magia del Antiguo Egipto. En cuanto los leí, supe exactamente a qué me enfrentaba, pero saberlo no me tranquilizó. Por suerte, los textos antiguos también enumeraban una serie de soluciones para levantar o anular las maldiciones. Poco a poco fui conociendo diversos antídotos y remedios. Cometí algunos errores espantosos, pero en general tuve mucha suerte.

Como paso tanto tiempo en el museo, he solicitado uno de los pequeños despachos que dan a la sala de lectura principal

para mi uso personal. (Nuestra sala de lectura apenas se utiliza, ya que casi todo el mundo se va al Museo Británico a investigar.) Mi padre piensa que me dedico a mis estudios, y yo no hago nada para sacarlo de su error. Esa mañana me senté entre libros arcanos, encuadernados en cuero y con hebillas y correas, antiguas tablillas de barro llenas de jeroglíficos y rollos de pergamino y papiro en los que antiguos sacerdotes y hechiceros habían hecho anotaciones. Al final, me decidí por *Egipto secreto: Magia, alquimia y ocultismo*, de T. R. Nectanebo. Nadie ha recopilado tanta información como él sobre hechizos y maldiciones antiguas.

Le di un bocado a mi sándwich de mermelada y me puse a leer. «Las estatuillas malditas solían estar hechas de basalto, una piedra negra y dura asociada con el inframundo.»

Ahora venía lo más difícil. Tenía que tocar el objeto con las manos desnudas. Al menos no había luz de luna y la maldición estaba inactiva. Me quité un guante, extendí la mano y rocé la estatua con una uña. La piedra era dura y, claramente, negra. De hecho, era idéntica a la imagen del libro. Volví a ponerme el guante y seguí leyendo.

«Una vez grabada la estatua con los jeroglíficos necesarios, se cubría con hechizos mágicos y filtros diseñados para transferir su poder cuando se aplicase el agente activador adecuado. Esto se utilizaba principalmente para curar, pero de vez en cuando también con fines malignos. Si la estatua tenía como objetivo echar una maldición en lugar de sanar, lo más probable es que el filtro contuviese aceite de serpiente (cobra o áspid), que le daría al objeto una textura especialmente brillante. Si está maldito —decía el libro—, el objeto desprenderá un ligero olor a azufre.»

Las maldiciones tenían un olor particular, y no era agradable. Me incliné hacia delante y olí. El aroma a mermelada de moras

lo enmascaraba un poco, pero estaba bastante segura de que había detectado un tufillo a azufre en la superficie reluciente de la estatua.

Reanudé la lectura. Unos nubarrones grises comenzaban a oscurecer la poca luz que entraba por la ventana, y tuve que esforzarme para descifrar la letra, de trazos finos y desvaídos. «Para neutralizar la maldición, haga una pequeña réplica de la estatuilla con cera, de cuatro dedos de altura. En la parte inferior, grave los jeroglíficos indicados y prepare una poción con los siguientes ingredientes. Pronuncie el hechizo adecuado mientras unge la estatuilla con el líquido. Este despertará la magia y activará la maldición, pero el hechizo que recite la dirigirá a la pequeña estatuilla de cera, que deberá quemar inmediatamente. Es de vital importancia que mantenga la concentración en el hechizo una vez que haya empezado.»

Fijaos en que Nectanebo no decía lo que hacía el sortilegio una vez activado. Estos sabios de la Antigüedad siempre se olvidan de lo más importante. La verdad es que no me gustan las sorpresas, ya que las que hay por aquí suelen ser bastante perversas. Cuando tengo que tratar con maldiciones antiguas y magia negra, prefiero saber qué riesgo corro si las cosas se tuercen. No es que esté segura de poder arreglarlo, pero me reconforta saber a qué me enfrento.

En ese momento, *Isis*, que había estado acurrucada en el pequeño sofá mirando con recelo la estatuilla, se levantó de un salto, arqueó la espalda y bufó hacia la puerta.

Cerré el libro de golpe y miré a mi alrededor, intentando buscar un escondite para la estatua. La hice desaparecer del escritorio y acabé metiéndola de nuevo dentro del rollo de papiro.

La puerta se abrió de golpe y Clive Fagenbush entró dando zancadas.

–¿Dónde está, niña insoportable? –me preguntó.

¡Cualquiera diría que aquel hombre me estaba acosando!

–¿Dónde está el qué? –pregunté, dándole un bocado al sándwich de mermelada, sabiendo que eso le disgustaría y le haría pensar que soy una repelente.

–La estatuilla de Bastet. ¿Dónde la has metido?

–¿Aún sigue con eso? Ya le he dicho que no tengo la menor idea de lo que me está hablando. ¿La está buscando mi padre?

–No –gruñó Fagenbush–. Ni siquiera se ha dado cuenta de que ha desaparecido. Pero yo sí. Era un objeto especialmente interesante y tengo... planes... para ella. ¿Dónde la escondes?

–¿Para qué iba a querer yo una estatuilla? –pregunté, intentando parecer lo más inocente posible.

Dio dos largas zancadas y se plantó delante de mí. Al fruncir el ceño, sus cejas se juntaron y formaron una gruesa V negra sobre sus ojos. El olor a col que desprendía, mezclado con los vapores de azufre que emanaba la estatua, hizo que se me saltasen unas cuantas lágrimas.

–Dámela.

Nunca lo había visto tan furioso, y necesité toda mi fuerza de voluntad para plantarle cara. No pensaba ceder, por mucho que me temblasen las piernas. Intenté no mirar hacia el papiro enrollado sobre la mesa, apreté los dientes y le devolví la mirada.

–No sé si es que está un poco sordo, pero no la tengo.

Fagenbush respiró hondo y le tembló la nariz.

–Sé que mientes. Quiero esa estatua. Quiero que la devuelvas a su sitio al atardecer, ¿entendido? Tengo planes para ella –dijo, mirándome de arriba abajo–. Y esos planes no incluyen

que una niña desagradable y pegajosa se meta donde no la llaman. –Me dedicó una sonrisa que me puso la piel de gallina–. Pero eso podría cambiar si no colaboras –añadió, y echó a andar furiosamente hacia la salida, murmurando–: Esta niña está loca de atar.

Cuando hubo salido, cerró la puerta de golpe, convencido de que su amenaza bastaría para obligarme a colaborar. Fagenbush era repugnante, pero cuando se enfadaba, se volvía aterrador. La verdad es que esta nueva faceta suya me daba muchísimo miedo.

Me acerqué a la puerta y la cerré con llave.

–Idiota –susurré, enfadada conmigo misma por dejar que me pusiera tan nerviosa.

Me dieron unas ganas terribles de acurrucarme con *Isis*, pero no había tiempo que perder. Me agaché para acariciarla rápidamente bajo la barbilla y me prometí que ya le haría más arrumacos cuando hubiese acabado con la estatua.



Saqué de detrás del escritorio mi bolso lleno de material para levantar maldiciones y me puse a rebuscar. Para quien esté interesado en estas cosas, he hecho una lista de lo que contiene.

SUMINISTROS Y MATERIALES RECOMENDADOS PARA LEVANTAR ANTIGUAS MALDICIONES EGIPCIAS

*Hilo de lino o muselina sin blanquear de los siguientes
colores: rojo, verde, amarillo, blanco, azul y negro
mortero con su mano*

*un montón de cera, preferiblemente blanca
palo con punta para grabar en la cera
alambre dorado y plateado
ramitas de sauce
variedad de hierbas, como hierba gatera y ruda
inciense y mirra
vino tinto
miel
leche
zumo de lechuga (extraído de hojas de lechuga. Suelen ser
difíciles de encontrar, así que las sustituyo por col
y luego lo diluyo un poco. Parece que funciona bien)
piedras, guijarros y conchas de tamaños y formas interesantes
pequeñas espinas de pescado o huesos de pollo
cositas naturales, como dientes de gato, trozos de piel de
lagarto y otras cosas de ese tipo, pero en abundancia
trocitos de roca y piedras semipreciosas, como cuarzo,
arenisca, lapislázuli, jaspe, malaquita, cernalina,
turquesa, alabastro*

Como tengo la manía de coleccionar trozos de cera, tenía suficiente para hacer una pequeña estatuilla. Cuando hube terminado de modelar la réplica (que no se parecía mucho a un gato, sino más bien a un tronco de árbol fino con orejas, aunque espero que eso no importe), grabé los jeroglíficos adecuados en la parte de abajo y la dejé sobre la mesa.

Volví a meter la mano en el bolso y saqué un vial de cristal, lo abrí y olí su contenido. Clarete. Había tenido que birlarlo de la licorera de la biblioteca de mi padre. Si alguna vez se daba

cuenta de que le faltaba, le echaría la culpa a Fagenbush. Sonriendo al pensar en mi sutil venganza, busqué a tientas hasta que tuve entre los dedos una bolsita de muselina.

Como la ruda se utiliza en muchas recetas mágicas, siempre intento disponer de una buena provisión a mano. (Sirve para alejar a los espíritus malignos y es útil contra los espasmos histéricos o las dolencias que pueden ocasionar las maldiciones.) Es endemoniadamente difícil de encontrar y además se lleva todo mi dinero para gastos personales. Para levantar maldiciones hace falta tener sangre fría y una buena situación económica; por desgracia, yo no tengo ni la una ni la otra.

Mezclé los dos ingredientes en un mortero y machaqué bien la ruda. Cuando estuvo lista, respiré hondo y me quité los guantes. Con un lápiz me dibujé un ojo de Horus en cada una de las palmas y confíé en que fuese protección suficiente. Mojé un trapo limpio en la poción y comencé a embadurnar con él la estatua maldita. Mientras recitaba las palabras del libro, tuve cuidado de que el trapo hiciese de barrera entre la estatua y la yema de mis dedos en todo momento.

En la magia egipcia, además de utilizar la receta correcta, las palabras que empleas y la forma de recitarlas son de vital importancia para cualquier maldición o hechizo. Para que funcione, hay que pronunciar el hechizo de forma correcta y en el tono de voz adecuado. O, al menos, eso dicen los libros. Supe que estaba haciendo bien esa parte porque la estatua empezó a vibrar y el olor a azufre se intensificó. Los jeroglíficos que había visto la noche anterior salieron de repente a la superficie con un zumbido frenético. Lo bueno era que, allí donde tocaba la estatua con la poción, los símbolos se hacían más pequeños, como si tuvieran miedo. Seguramente era una buena señal.

Cuando se me acabó la poción, todos los símbolos se habían reducido a la mitad de su tamaño original. Dejé de aplicar el unguento y di un paso atrás, sin parar de recitar las palabras. Poco a poco, me pareció que los jeroglíficos intentaban separarse de la superficie, como atraídos por el hechizo que pronunciaba. Con una serie de chasquidos sordos, se desprendieron de la estatua y se elevaron por el aire hasta situarse por encima de ella, donde se pusieron a revolotear como un enjambre de abejas furiosas. Extendí los brazos con las palmas protegidas hacia delante.

La peste a azufre era abrumadora, así que intenté pronunciar las palabras mágicas sin inhalar aquellos gases espantosos. Por desgracia, cuando llegué a la frase «Vete, gata hedionda», *Isis* protestó arañándose en el tobillo.

La miré, desconcertada.

–No me refería a ti –dije.

Mientras hablaba, los símbolos zumbadores dejaron de revolotear y se abalanzaron sobre mi gata. En cuanto la tocaron, *Isis* gruñó y se le erizaron todos los pelos del cuerpo mientras los jeroglíficos le danzaban sobre el pelaje. Los ojos se le salieron de las órbitas y las orejas se le aplanaron contra la cabeza. De su garganta salió un maullido de mil demonios.

Ya no era mi querida mascota, sino la Encarnación del Mal. ¿Era eso a lo que se refería Nectanebo cuando decía que era muy importante concentrarse y evitar las distracciones? Se suponía que la maldición debía abandonar la estatua para introducirse en la réplica de cera, que luego debía quemar. Al menos eso es lo que había ocurrido en el pasado.

Pero ahora no tenía ni idea de qué hacer. Y no me atrevía a apartar los ojos de *Isis* el tiempo suficiente para buscar alguna sugerencia en el libro.

La gata, hechizada, volvió a darme un zarpazo, esta vez con toda la furia del infierno. Sus uñas me atravesaron las medias de lana y se me clavaron en la espinilla. Arqueó el lomo, soltó un bufido y corrió a esconderse bajo la estantería, donde siguió con sus maullidos demoníacos.

Me dejé caer en una silla y me quedé mirando la estantería, hasta que me giré para contemplar la elegante estatua de Bastet, que ahora estaba tan tranquila.

¿Qué acababa de hacer? ¡Pobre *Isis*!

Revertirla. Ese era el paso siguiente. Revertir la maldición.

Pero... podría deshacerse, ¿no? Ay, madre.

¿Y si esa desagradable maldición había entrado en mí? Se me revolvió el estómago. Mejor no pensar en eso.

Cuando estuve segura de que podía volver a ponerme en pie, volví corriendo a consultar los libros que tenía sobre la mesa. Seguro que debía de haber una forma de arreglarlo. En ese momento, el reloj dio la hora. ¡Las dos! ¿Cómo se me había podido pasar tan rápido el día? Era la hora de recoger a mamá.

Mi alegría por la vuelta a casa de mi madre se vio un poco empañada por la situación de la pobre *Isis*. Tendría que pensar qué hacer con ella más tarde. Cerré el libro, cogí de la mesa la estatuilla neutralizada y la enrollé en un viejo trozo de pergamino para poder devolverla a la estantería en la planta de arriba.

Cuando casi había salido de la habitación, recordé que mi padre probablemente tendría hambre. Volví corriendo a la mesa y me metí en el bolsillo el último sándwich de mermelada. Miré a *Isis* por última vez, como disculpándome, y salí por la puerta.

Por el camino me mantuve alerta por si veía a Fagenbush. ¿Quién sabe de qué sería capaz si me descubriese con la estatua? Seguramente me pegaría en la cabeza con ella.

Cuando por fin llegué al taller de mi padre, me abrí paso entre huesos de dinosaurio volcados, cajas a medio abrir, urnas rotas y una escultura de mármol sin cabeza. Después de devolver la estatuilla a su estantería, fui a buscarlo a él. Me lo encontré en una de sus mesas de trabajo, intentando reconstruir una tablilla de barro del yacimiento de mi madre que había llegado en la misma caja que la estatua de Bastet. La estela estaba rota en siete pedazos, y parecía que le estaba costando recomponerla.

Esperé pacientemente a que reparase en mí. Al ver que no sucedía, carraspeé.

—¿Padre? Ya es hora de recoger a mamá en la estación.

—En cuanto termine con esto —dijo distraídamente, como si no me hubiese escuchado.

Miré por la ventana; vi que las nubes lo habían cubierto todo y que caía una llovizna gris constante.

—No creo que mamá quiera esperar tanto.

Como no contestó, miré por encima de su hombro. Parecía que estaba intentando descifrar los jeroglíficos que había grabados en los fragmentos de la tablilla de barro. Intrigada, me acerqué un poco más. Me encantan los jeroglíficos. A algunas personas les gusta dibujar, a otras se les da bien la música y a otras les chiflan los rompecabezas, pero a mí lo que más me gusta son los jeroglíficos. Para mí, descifrarlos es un juego de niños, como si no existiera un medio de comunicación más natural. Pero mi padre parecía perplejo.

—Mira —le dije, pasando mi brazo por encima del suyo—. ¿Y si pones este fragmento aquí y le das media vuelta en el sentido de las agujas del reloj?

Ya estaba. ¡A ver si así empezaba a ver lo útil que podía resultarle!

–Theodosia, no creo que puedas llegar a entender lo complejo que es esto. Es imposible que una niña sea capaz de descifrar cómo van colocados estos...

–Así –añadí, poniendo el último fragmento en su sitio.

–Hmmpf. –Se inclinó hacia delante para estudiar la estela completa–. Sé buena y búscame algo para comer antes de irnos, ¿quieres?

–Ya lo tenía pensado.

Metí la mano en el bolsillo y puse el sándwich de mermelada en la mesa, delante de sus narices.

Se le iluminó la cara.

–¡Oh! Magnífico. Gracias. –Le dio un bocado e hizo una mueca–. ¿Mermelada? ¿Otra vez?

Se me cayó el alma a los pies. Era comida, ¿no? Además, no había encontrado otra cosa en la despensa. Volví a mirar el reloj. Mi pobre madre se estaría preguntando qué demonios nos había pasado.

Sin embargo, mi padre volvía a estar absorto en la estela.

–«Pero que no olviden que deben temerlo incluso después de su muerte» –leyó mientras el reloj daba las dos y media.

–¡Vamos, padre! Mamá va a estar tan enfadada como un gato empapado.

–Ah –dijo él, mirando por la ventana–. ¿Está lloviendo?

Un fuerte trueno y un relámpago llenaron el cielo y el aguacero se convirtió en una tromba de agua.

–Solo un poco –contesté.

EXTRAÑOS TEJEMANEJES EN LA ESTACIÓN DE CHARING CROSS

Al salir del museo, un viento huracanado casi me arrancó el pesado abrigo de invierno que llevaba puesto. El cielo estaba lleno de nubarrones que descargaban una lluvia furiosa y punzante. Mi padre me hizo entrar en el coche de caballos, donde nos sacudimos la ropa empapada y nos acomodamos sobre los cojines. Golpeó el techo del carruaje con el bastón y nos alejamos de la acera para incorporarnos al tráfico.

Las calles eran un enredo de carretas, carruajes, ómnibus y automóviles, todos compitiendo por el derecho a pasar primero. La gente, armada con grandes paraguas negros, cruzaba la calle a toda prisa intentando guarecerse del chaparrón. Un ómnibus dio un bandazo para no atropellar a un peatón y estuvo a punto de arrollarnos. Nuestro conductor le soltó un improperio y una sacudida del coche de caballos me lanzó contra el interior de la portezuela.

—¡Mira por dónde vas, cabeza de chorlito! —gritó el conductor.

Al incorporarme, vi que mi padre me miraba frunciendo el ceño.

–¿Dónde está tu sombrero? –preguntó–. Siempre te acuerdas de ponerte guantes. ¿Por qué no del condenado sombrero?

«Porque no toco objetos malditos con la cabeza», quise contestar. Pero no dije eso, por supuesto.

–No soporto los sombreros. Siento que me comprimen la cabeza, que me aprietan hasta hacerme papilla el cerebro. Como si fueran gachas de avena en un cuenco demasiado pequeño.

Mi padre frunció el ceño.

–Theodosia, tienes que controlar esa imaginación tuya. Un día de estos vas a pillar una pulmonía.

¿Por qué los padres solo se fijan en ti para regañarte? Si haces algo bien, como llevarles la comida o ayudarlos a resolver un rompecabezas, actúan como si fueras invisible. Pero por un error tonto, como olvidarte del sombrero, te leen la cartilla.

Miré por la ventanilla e intenté controlar mi impaciencia. Mi madre llevaba mucho tiempo fuera y me moría de ganas de verla. Tenía la esperanza de que hubiera echado tanto de menos su casa que eso le hiciese jurar que no volvería a marcharse. La mayoría de las madres no abandonan sus casas durante meses, pero tampoco eran tan maravillosas como la mía. Es elegante, aventurera y muy inteligente. Y americana. No les hace demasiado caso a las viejas convenciones. La abuela Throckmorton cree que me parezco mucho a ella. No creo que lo diga como un cumplido.

Con suerte, mamá querría ir directamente a casa y disfrutar de una de esas cálidas veladas en familia que yo tanto echaba de menos. Me estaba cansando un poco de dormir en el sarcófago: hacerlo durante un par de noches puede considerarse una aventura, pero durante cuatro seguidas es un calvario. Me estaba quedando sin vestidos limpios, me moría por una comida en condiciones y siempre me faltaban mantas.

El coche se detuvo frente a la estación de Charing Cross y salimos a la calle tambaleándonos. Mi padre consiguió agarrarme justo antes de que me cayera en un charco sucio.

Echamos a andar hacia la estación, empujados de un lado para otro por el gentío. Me sentía como una bola suelta sobre una mesa de billar. Como temía perder a mi padre entre la multitud, me agarré a la cola de su abrigo. Por delante de él se abrió un camino como por arte de magia. No podía estar segura, pero sospechaba que estaba usando su bastón (¡con cuidado, por supuesto!) para animar a la gente a que nos dejase pasar.

Después de un empujón especialmente fuerte, noté una mano fría y pequeña junto a la mía en el abrigo de papá. Vi, sorprendida, que se introducía en el bolsillo de mi padre y le sacaba la cartera. Sin pensarlo, agarré aquella muñeca mugrienta.

El billeteo volvió a caer en el bolsillo de mi padre y el dueño de la muñeca soltó un chillido.

—¡Caray! ¡Suélteme! ¡Suélteme! No avise a la policía, señorita. Solo iba a echarle un vistazo y a devolverla a su sitio.

El muchacho que había chillado tenía la nariz chata y pequeña y dos ojos azules que brillaban en medio de una cara cubierta de hollín.

—Mentira —dije entre dientes.

No estaba segura de querer que un montón de policías se le echasen encima. Al fin y al cabo, parecía un pobre desgraciado. (Mis padres insisten mucho en que debemos ser amables con los menos afortunados que nosotros. Aun así, eso no le daba derecho a robarle la cartera a mi padre.)

—Es verdad. De verdad que sí. —Se revolvió desesperadamente, tirando del brazo para soltarse.

–No te voy a denunciar, pero mantente alejado de nuestros bolsillos, ¿entendido? Júralo.

–Lo juro, lo juro. Suélteme. Tiene las uñas muy largas.

La verdad es que no las tenía largas, pero las había puesto de manera que se le clavaban. No era muy amable por mi parte, pero no era peor que robar carteras.

–Júralo sobre la tumba de tu madre –dije solemnemente.

Gracias a mi trabajo en el museo he aprendido que jurar sobre la tumba de alguien es algo muy serio.

Puso los ojos en blanco y suspiró irritado.

–Vale. Lo juro sobre la tumba de mi madre.

–Muy bien.

Le solté la muñeca. Hizo un rápido gesto de agradecimiento con la cabeza y, en un abrir y cerrar de ojos, desapareció entre la multitud.

En ese momento, mi padre me miró por encima del hombro.

–Theodosia, ¿qué haces? No te quedes pasmada y date prisa.

Dentro de la estación nos apresuramos a llegar al andén donde nos esperaba mamá. Era de los pocos pasajeros que seguían allí, y estaba sentada sobre uno de sus baúles más grandes. Junto a ella había otra pila de arcones y cajas que parecía que fuesen a caerse con la siguiente ráfaga de viento fuerte.

Me alegré tanto de verla que quise correr a abrazarla, pero hacía tanto tiempo que no la veía que me dio vergüenza. Ella se me acercó y me dio un maravilloso abrazo que ahuyentó cualquier duda. La suavidad del tejido de su atuendo de viaje bajo mi mejilla y el aroma familiar a lilas me hicieron darme cuenta de lo mucho que la había echado de menos. Abrí los ojos como platos y parpadeé rápidamente para que no viese que me había emocionado.

Cuando mamá se apartó, también tenía los ojos un poco húmedos, y se tomó un minuto para ajustarse el sombrero. Mi padre ya había empezado a inspeccionar el equipaje.

–Dios mío, Henrietta. ¿Cuántos vestidos nuevos has adquirido en El Cairo?

Mamá le apoyó una mano enguantada en el brazo.

–No es ropa, bobo. Allí había mucha competencia. –Me miró, dando a entender que no quería hablar del tema delante de mí–. Pensé que sería mejor tener algunos de los objetos cerca en lugar de mandarlos por barco.

Mi padre sonrió de oreja a oreja.

–Esa es mi chica.

A mamá se le iluminaron los ojos y tuve que mirar a otro lado para no tener que ver cómo se ponían sensibleros.

Y menos mal que lo hice.

El andén ya estaba casi vacío. Si hubiera estado lleno, seguro que no habría reparado en aquel hombre. En realidad, intentaba pasar inadvertido, y eso hacía que llamase aún más la atención. En cuanto lo vi, sentí como si un escarabajo con las patas de hielo me bajase por la espalda. Era la misma sensación que tenía cada vez que descubría un objeto maldito en el museo. El hombre que acechaba entre las sombras miraba a mi madre como un buitre hambriento. No. A mi madre no: sus baúles.

Aparté la vista antes de que se diera cuenta de que lo había descubierto. Me acerqué a mamá y le pegué un tirón de la falda para captar su atención.

–Madre, ¿quién es ese hombre de ahí? El que merodea entre las sombras –pregunté, intentando no levantar la voz.

–¡El que merodea entre las sombras! –repitió mi padre en voz alta–. ¿De dónde sacas esas ideas, Theodosia?

Lo fulminé con la mirada y, por un momento, me arrepentí de haber impedido que aquel golfillo le robase la cartera. Mi madre me puso la mano en el hombro y miró rápidamente hacia donde estaba aquel tipo. En ese mismo momento, él apartó la mirada e hizo como que estudiaba el horario de trenes colgado en la pared que tenía delante.

—¿Él? No lo sé, querida. Estaba en el barco cuando salimos de Alejandría.

—¿Otro de tus admiradores, Henrietta? —preguntó mi padre en tono de broma.

—¡Tonterías! —contestó mamá con un movimiento de la mano.

¿Hasta cuándo iban a seguir así?

El cochero no se alegró al ver todos los baúles y cajas de mamá. Yo seguía pendiente del carterista, aunque no estaba muy segura de que fuese a intentar llevarse un baúl entero. Al final, el cochero (con ayuda de mi padre) consiguió meter y amarrar todo el equipaje. Íbamos un poco apretujados, pero el trayecto era corto.

Después de seis largos meses de separación, no me importó tener que sentarme apretada contra mi madre por culpa del equipaje. Pensé en lo maravilloso que era tenerla de nuevo cerca y poder retornar a casa, en el sentido literal de la palabra, durante un tiempo. Me estaba cansando de cenar a base de latas de conserva. Quería darme un buen baño y tomarme un té con leche, un pastel de carne y riñones para cenar y, de postre, un delicioso pudín.

Después de seis largos meses de ausencia, seguramente a mi madre le apetecería lo mismo.

De momento, me conformaba con poder acurrucarme contra ella y dejar que los dos hablasen de política. ¡Qué aburrimiento!

–¿Cómo están las cosas por allí, Henrietta? –preguntó mi padre.

Mamá se acomodó entre los cojines.

–Bueno, los franceses se han calmado un poco. Los americanos son como perritos dando saltos por todas partes, entusiasmados, sin importarles si pisan a alguien o algo. Y aquello estaba lleno de alemanes.

–¿Has visto a Von Braggenschnott?

–Sí, la verdad es que sí. Ha alcanzado un nivel de influencia sorprendente, teniendo en cuenta que está metido hasta el cuello en el negocio de sacar antigüedades del país clandestinamente. Pero no puedo quejarme; me ayudó a convencer a los funcionarios locales para que me dejasen traer mis hallazgos a Inglaterra.

–No sé, Henrietta. No me gusta saber que te relacionas con Von Braggenschnott o con otros individuos como él.

–Tonterías –le contestó mamá haciendo un gesto desdenoso con la mano–. Soy perfectamente capaz de cuidar de mí misma.

–Hum. Sí, puede ser. Los alemanes también han estado ocupados aquí en Inglaterra. El aumento de su flota naval tiene preocupado a todo el Ministerio. El lord canceller les ha ofrecido un nuevo tratado, pero el káiser Guillermo II insiste en que hagamos concesiones que nos negamos a hacer. Todos se están poniendo nerviosos. Están seguros de que trama algo.

Totalmente aburrida con su conversación, miré por la ventanilla. Se me cayó el alma a los pies al ver que el coche se alejaba de Chesterfield Place y se dirigía al museo por la calle Marlborough. Miré a mi padre, extrañada. Él alargó la mano y me dio una palmadita en el brazo.

–Tranquila, Theodosia. Solo será un rato. Tenemos que dejar varias de estas cajas en el museo, y tu madre quiere enseñarnos algunos de sus nuevos hallazgos.

¡Y una leche, un rato!, pensé. Me recliné contra los cojines y me resigné a pasar otra noche en el museo, aunque tampoco me importó demasiado, ya que estaba preocupadísima por *Isis*. Tenía que encontrar la manera de revertir el hechizo.

Además, aquella situación solo duraría un día. A la mañana siguiente tendríamos que volver a casa. Por un lado, faltaban pocos días para Navidad, y hasta mis padres, por muy absortos que estuviesen en su trabajo, se tomaban un tiempo libre para celebrar la Navidad. La segunda razón era mi hermano pequeño, Henry. Al día siguiente volvía a casa del colegio y él no soporta el museo. Se aburre con tanta facilidad y se pone tan insoponible que, de mutuo acuerdo, mis padres evitan que pase allí mucho tiempo.

Por supuesto, yo también debería asistir a la escuela. Fui durante un trimestre, pero me aburrí una barbaridad. Por desgracia, tuve la mala suerte de sacar mejores notas que las demás, un pecado imperdonable para ellas. (De haber sabido que eso iba a hacerme tan impopular, la habría pifiado en los exámenes a propósito.) Así que después de las vacaciones ya no volví y, por suerte, mis padres nunca se acordaron de mandarme de vuelta. O, mejor dicho, yo nunca se lo recordé. Una vez, mi padre cayó en la cuenta, pero le expliqué que yo ya estudiaba historia, lenguas antiguas, griego y jeroglíficos, y de manera mucho más rigurosa que con cualquier método que se les ocurriera en la escuela. Me dio la razón de mala gana y dejamos estar el asunto.

Mi padre hizo que el coche diese la vuelta al museo para aparcar junto a la zona de carga. Dolge y Sweeney salieron a

nuestro encuentro y arrastraron las cajas y algunos de los baúles hasta el taller de la planta baja y el almacén de corto plazo. Luego, mi padre le indicó a Dolge que se montase en el coche y llevase el resto de las cosas de mamá a nuestra casa.

–Bueno –anunció mi madre después de todo el jaleo de descargar, cuando Dolge ya se había ido–, ¿quién quiere ver los objetos nuevos?

Mi padre y yo nos apiñamos junto a ella mientras mamá sacaba una llave del bolso y se arrodillaba frente al primer baúl.

–¡Ay, Alistair! Estaba todo allí, tal como decías. Llevaste a cabo una investigación magnífica –lo felicitó mi madre.

Mientras intentaba meter la llave en la cerradura, comprobé aliviada que mamá aún llevaba los guantes puestos. Mi padre, que se frotaba las manos de los nervios, también.

Le observé la cara para ver si detectaba algún rastro de amargura, pero no vi nada. Sin embargo, no me habría extrañado que la sintiera.

Hace mucho tiempo, cuando yo solo tenía dos años, mi padre, tras mucho tiempo de estudio y minuciosa investigación, descubrió el probable paradero de la tumba de Tutmosis III, un poderoso faraón de la dinastía XVIII. Mi madre y él viajaron al Valle de los Reyes (y a mí me dejaron con mi abuela británica, que seguro que me vestía con volantes de encaje y me obligaba a quedarme sentada sin moverme durante horas). Su expedición fue un gran éxito, salvo por el hecho de que los traicionó un colega, y un hombre llamado Victor Loretti se adjudicó el hallazgo oficial.

Y lo que es peor, el Museo Británico, para el que mi padre trabajaba en aquel momento, se negó a apoyarlo y reconoció a Loretti como autor del descubrimiento.

Fue entonces cuando mi padre dejó esa institución vieja y estirada y se puso a trabajar en el Museo de Leyendas y Antigüedades.

El caso es que durante los últimos años había estado desarrollando una teoría sobre la ubicación de la tumba de Amenemhab. Este era el ministro de la guerra de Tutmosis III, y había quien atribuía las grandes conquistas militares del faraón a la brillantez de su lugarteniente.

Después de dos años de excavaciones infructuosas, mi madre había encontrado por fin la tumba contigua de Amenemhab.

Mi padre estaba impaciente por ver lo que había hallado. Yo también. Me acerqué y le pregunté:

–Mamá, ¿te dio miedo entrar en aquellas tumbas antiguas? ¿Estabas asustada?

Antes de que pudiera contestar, entró Bollingsworth y la distrajo.

–Hola, señora Throckmorton. Bienvenida.

–Gracias, señor Bollingsworth. Me alegra estar de vuelta.

Al igual que mi padre, Nigel se frotó las manos.

–¿Nos ha traído muchos tesoros?

–Muchos –aseguró mamá, y abrió la tapa del baúl con un gesto dramático.

Un revoltijo caótico de olores nauseabundos me golpeó como un puñetazo: el aroma cobrizo de la sangre, el pestazo a podredumbre y descomposición, a humo de madera y azufre. Reprimí un grito y casi me fallaron las piernas ante la fuerza de la magia negra que inundaba la sala procedente del arcón.

Mi padre me miró con severidad.

–¿Qué pasa, Theodosia?

–Que... son magníficos, eso es todo –contesté, intentando aparentar normalidad. ¿Es que nadie más podía sentirlo?

–¡Pero si todavía no ha sacado nada!

–Ah, ya, pero estoy segura de que serán una maravilla. Mamá siempre encuentra grandes tesoros.

Me miró entornando los ojos, pero se distrajo en cuanto mamá se puso a desenvolver un paquete grande y plano.

Nigel se me acercó y se quedó a mi lado.

–Theo, ¿te encuentras bien? Pareces cansada. ¿Necesitas ir a acostarte?

Negué con la cabeza y respiré superficialmente mientras mi madre retiraba el último envoltorio. Por el olor, casi temía que fuera un brazo o una pierna de momia o alguna otra cosa horrible, pero se trataba de una placa tallada con intrincados símbolos y un dibujo de un hombre alto que llevaba las coronas del Alto y el Bajo Egipto. Agarraba a otro hombre del pelo y en el brazo que tenía levantado sostenía un gran cuchillo. Cuando me di cuenta de que estaba a punto de cortarle la cabeza, se me revolvió el estómago. A sus pies había hileras y más hileras de otras figuras que habían corrido su misma suerte.

–Qué cosa tan sanguinaria –dijo mi padre.

–Aún no has visto nada –contestó mi madre–. ¡Este tipo hace que el káiser Guillermo parezca un monaguillo!

Metió la mano en el baúl, sacó otro paquete plano y lo desenvolvió. Era un cuchillo largo y curvo con una pequeña figura de Anubis en el mango.

Mi padre soltó un silbido de admiración.

–Esto es maravilloso, Henrietta.

–¿Verdad que sí? –dijo ella sonriendo–. ¡Y había muchas cosas más! Todas las paredes estaban cubiertas de historias detalladas de las guerras en las que participó Tutmosis, sus victorias y sus estrategias. Tardaremos años en descifrarlo todo.

Lo dudaba. Estaba segura de que, si me dejaban a mí, solo me llevaría unos meses.

–La tumba contenía todo tipo de armas –prosiguió mamá–. Lanzas, dagas y espadas largas, muchas de ellas talladas con las imágenes de Apep y Montu.

Mi padre frunció el ceño.

–Nunca he visto a la serpiente del caos y al dios de la guerra juntos de esa manera.

–Ni yo –dijo mamá.

Me acordé de repente del jeroglífico de Montu que había visto la noche anterior.

–Yo sí –murmuré.

Mamá y papá me miraron como si se les hubiera olvidado que estaba allí.

–¿Dónde ibas a ver algo así, Theodosia? –preguntó mi padre, arqueando las cejas en señal de sorpresa.

Por supuesto, no se me ocurriría confesarle que había sido en la estatua de Bastet.

–Eh..., ya no me acuerdo. Lo siento –dije.

Por la expresión de su cara, estaba claro que pensaba que le estaba tomando el pelo.

–De todos modos –prosiguió mamá tras un momento incómodo–, la tumba de Amenemhab también contenía un pequeño templo dedicado a Montu, el dios de la guerra.

–¿En serio? –exclamó papá.

Pasamos los siguientes minutos examinando alegremente una estela tras otra, lanzas, dagas y artefactos de todo tipo. Entonces llegó Fagenbush y eso habría empañado la sesión de no haber sido porque mi madre adoptó una de esas poses suyas de «ahora sí que os vais a enterar». Se sacó el bolso de

debajo del brazo y lo sostuvo delante de ella hasta que todos la miramos.

–Ahora quiero que intentéis adivinar lo que tengo aquí –anunció con un brillo en los ojos.

–¡Ay, Henrietta! –exclamó mi padre–. ¿Cómo pretendes que lo adivinemos? No nos tortures más.

Mamá sonrió, abrió el bolso y sacó lentamente un paquete plano. Lo puso sobre la palma de su mano, que aún llevaba enguantada, y comenzó a desenvolverlo.

Por suerte, los ojos de todos estaban concentrados en el objeto, así que no me vieron temblar violentamente, como si acabase de pillar un resfriado espantoso. La verdad es que, fuera lo que fuese lo que había en ese paquete, estaba maldito con algo tan malvado y poderoso que me hacía sentir como si tuviera todo el cuerpo cubierto de hormigas.

Cuando mi madre quitó el último trozo de papel, desveló un gran escarabajo tallado en una piedra preciosa. Las alas de oro que le salían de un costado estaban incrustadas con miles y miles de joyas. En la cabeza tenía una gran cornalina redonda, del tamaño de una cereza, y una piedra verde más pequeña decoraba la parte inferior del insecto.

–El Corazón de Egipto –anunció–. Directamente desde la tumba de Amenemhab.